

Palabras de Alfredo Guevara en la inauguración de la exposición

Elogio y fascinación del cartel de antaño

El tiempo oculta magia en sus cincelos. Esculpe en el diamante y en la arena. Eterniza los rasgos de un instante si un artista le ayuda a convertirles en novela, en estatua, en cuadro, en melodía y, en horas más recientes, en cine, que comprende a veces, la obra total, la ópera que fuera aspiración de síntesis. El tiempo que eterniza cuanto toca, porque su paso puede ser historia, más grande o más pequeña, la del héroe y el sabio o del crustáceo, que convertido en piedra nos resguarda en los palacios y en las casas, caparazón del hombre, su resguardo; el tiempo que eterniza descompone, de arrugas llena el rostro fascinante, las más rítmicas nalgas resultan celulíticas y el erguido esqueleto deviene osteoporósico. Es que el tiempo en su magia omnipresente, se hace dueño de la vida y la muerte, de eso que vive porque va muriendo, que según muere revive y vive nuevas vidas, sus fragmentos, hoy niño, adolescente, joven, madurito, viejo y anciano y ancianísimo. Si lo que llega pasa, algo se queda; y siempre



sorpresivo el mago eterno, funda para sorpresa del que observa y juzga, sorpresas nuevas, tan, tan, sorprendentes, que aquello que en su día despreciaste, juzgaste de altanero en altanero, recupera o alcanza con su paso, un golpe de esa magia que se llama, algunas veces, la pátina, la pátina del tiempo. Ridículos Carteles parecían, diseñados con hacha o

con machete, a plumazo o con brochas de gordura, sin el encanto de Brancusi o Lam, Portocarrero, Portinari o Magrite. Y es por eso que vibro fascinado ante el gustazo que me da reverles, rever, esos carteles tan vulgares, que vulgares creí y ahora han ganado la sabrosura que la ingenuidad ofrece, a aquellos que expresarse, sin saberse depositarios, de un mirar de época. No hemos podido encontrar el cartel, y sólo el *lobby-card*, de un filme de título que puede dejar bizco al más osado crítico de arte y que acaso pudiera gustar del disparate. María Antonieta Pons, rumbera de las grandes,



grandes eran las artes que movía, encarnaba el papel de aquella obra e inspiraba la audacia de su título, *La odalisca número 13*. La imagen que se aprecia nos recuerda las audacias absurdas que perduran y que siguen llenando las escenas, Rodney

genial. Lo fue seguramente. No es posible imponer el disparate desde la inocencia, y no tener algo especial adentro, ese resorte, que permite, una cesta de plátanos y piñas, adosado al turbante de acero, resistente, con que Carmen Miranda nos deleita. *Las tres alegres comadres*, *Clavillazo*, *Rita* cuando se esconde entre palmas reales, o reales menos, porque el cartón no puede, a mi saber, sembrarse, o por la bijirita ser sembrado en sábanas, cito porque alguien debe a Pérez de la Riva rendir homenaje, si a palma o ceiba ha de hacer referencia.

Es el cartel de antaño tan *camp* como *kitsch*, pero hoy le descubro testimonio encumbrado de un momento del cine que permitió, quién sabe, resistir la americanización de la conciencia. Ellos no lo sabían pero nos cultivaron rasgos tal vez vulgares, primarios, menos cultos, pero mejor si el agrio vino esquivaba, el whisky, cuando el whisky se impone, no cuando llegue de igual a igual servido.

El tiempo echa su manto sobre viejos papeles, impregna con valores que no tenían entonces, cuando iniciaban pasos, su paso por la vida. Resultan del contexto, dan señal de una época, rescatan la presencia de popular imagen, de ese *sustratum* vivo que no penetra el culto, mimético de los adoradores. Asere impenetrable, Cantinflas que remeda al indio del mercado, al cholo rejueguista, que se hace incomprendible pero que entre decires sabe decir mensajes, ocultos, primitivos, pero de resistencia. A aquel cine que fuera mexicano y cubano, le dimos las rumberas más excelsas del patio y nada nada menos que a Félix B. Caignet, nuestro rey lacrimógeno, dramaturgo que supo del resorte y la clave, Shakespeare del bulto, con lema más



que humano, “la gente, el público, quiere llorar, y yo les doy el pretexto.” Todos han aprendido de aquel maestro lírico, que pudo desde su piano de Santa María Loma hacer vibrar en todos del Caney las frutas, el himno inolvidable a *Las frutas del caney*, que además lo merecían.

Dimos tantas rumberas al cine mexicano, y dimos la dramaturgia del novelón triunfante a tirios y troyanos. Tanta burla burlante, el placer de los dioses se prolonga sin tregua por el mundo del cine, la pobre, la divina Greta Garbo competir no pudiera con Tongolele, Ninón, María Victoria o la Esquivel o Meche, cubanas, mexicanas, de la más rancia estirpe revolucionante.

Al menos he podido apreciar en el antiguo Nacional al público pedir a María Victoria que cantara de espaldas. La espalda de la Garbo, por llamarle la espalda, no llenaría un Cartel de los que aquí veremos. “Cada quien en su campo”: me diría algún docto, y tendré que aceptar ese sabio consejo.

Estoy ante carteles que recobran su vida. Que vuelven a decirnos mensajes divertidos, con la profunda risa de quienes no se rinden, de quienes son nosotros porque nos anteceden. Les miro con cariño, con amor, me fascino y me pregunto, amigos, si es que ya entré en la fase, en que el delirio tiene el encanto inefable, del recuerdo que llaman de *saudade* o nostalgia.

Les dejo entre Carteles enmarcados de nuevo; han cobrado el derecho a enmarques de Museo, de Galería “popof”, se burlan con gracejo, del aristocraticismo banal y pizpireto.

